

EL RUISEÑOR Y LA ROSA

por
GUADALUPE DUEÑAS

Esta es la casa del poeta. Esta su silla y éstos sus pantalones doblados. Aquí su cama; allá su mesa, en ella libros y cuartillas emborronadas. . . y, éste, es él, de codos en la ventana, en calzoncillos y en pantuflas; la ropa. . . es tan difícil.

El poeta mira la cortina de estampados en la venta frontera. Ahí vive el asombro de su piel, la guillotina de su risa, el voltaje de su sangre. Las cortinas adversas se levantan rara vez. Entonces aparecen ojos de fuego indiferente, boca astral y estela de un cuerpo con luz propia. El poeta absorbe la droga de la presencia y el delirio florece.

La casa imán es visitada de día por la abundancia y de noche por el júbilo. El banquero llega y permanece hasta pardear. En la noche el ejército usa y gasta la riqueza. De día la casa es amarilla, de noche es escarlata. De día y de noche la maldita fascinación arrastra fuerzas, voluntad, razón. . .

En el cenit de su tristeza, el nocturno se encela, oye la estampida del vicio y corea el vértigo de sensaciones erizadas, consonantes ineptas, voraces ritmos, ímprobos contrapuntos.

El banquero ignora que es sustituido por la magra, alta y armoniosa figura del teniente. No sabe que otras manos sisan lo que entregan las suyas regordetas. Desconoce que la carne que él apaga y enceniza luce el aire pleno del entusiasmo. En fin, que su día es noche, que su pan es hambre, que su obsequiosidad es pobreza, que su adhesión es impaciencia.

El teniente, ríe del banquero; pero odia al rodinesco espía de la ventana y provoca destrucciones, más que oníricas, con ademanes y menciones. Llega, y con ímpetu, sacude la puerta zaguana, levanta los visillos y exprime sus manos en el cuerpo de Olympia, sus besos en el cuerpo de Olympia. . . y sólo falta, nada más eso falta.

Olympia ríe de sus excentricidades y accede con monería a casi desvestirse, a casi. . . y ríe de las enmarañadas malicias del teniente.

El testarudo, el firme, el externamente quieto, parece brotado en la ventana, nada lo quita de ahí, ni el sueño, ni el invierno, ni el sol, ni el polvo de febrero. Intrépidas miradas perforan los muros y buscan en

muebles y en salones y solicitan y luego exigen y su iracundo oleaje inunda y conturba, y en ocasiones, saca a Olympia al balcón a ensayar insuficientes sonrisas.

Al banquero nada lo demora. Ventana y hombre acodado no lo distraen. Insensible y despótico mete su materia en la casa y la transfigura en opacidad. Cuando sale, la casa recupera su opulento fulgor. Olympia, después, nunca ha dejado de lucir pulseras, aretes y otras movedizas riquezas.

Sufre el poeta porque nada valen sus miradas suplicantes y sus rēportes sumisos. Intentó resbalar algún poema, aducir una carta; llamar con impotentes elegías. Las puertas no ceden a tan mullidos golpes. Se atrevió con un recado que nunca trajo respuesta. Entonces prefirió el sitio de las ostentosas miradas con fuerza para ceñir el talle y arrastrar a Olympia hasta el proscenio de muy agudas emociones.

El epifoco fue localizado en la fecha y hora _____ ¡arrepentimiento! _____ en que Olympia decidió no esperar al banquero por impacencias del teniente.

El poeta le dijo, sí, se lo dijo, que había gente abyecta registrando su puerta y su vida. Olympia no lo creyó o no le importó.

El poeta engarzaba trágicas conjeturas... Que si Olympia, que si Olympia, que si Olympia, que si Olympia, que si Olympia.

Sucedió que la reunión del teniente y el banquero explotó, que volaron muebles, vasos y alimentos y que el banquero quedó empotrado entre las patas de una mesa y que el teniente —obra de muchos— quedó tendido a golpes y casi al filo de la vida. Sucedió que Olympia, mínima, fue lanzada sobre innobles cristales que la hirieron y que repentinas ambulancias anunciaron generosa hemorragia.

El poeta arrancó de la ventana, tuvo oportunidad de calzarse los pantalones y comprobar la puntualidad de la raya. Peinóse y aún sin saco siguió el resbalar de su pasión.

Vendas, tripas, frascos y soportes y los dos cuerpos recostados, para beber sangre, uno, sueños, el otro. Mientras Olympia enrojecía y mejoraba, el poeta cobraba en imaginaciones y salía de su cuerpo en viaje de deleites. Olympia le pertenecía por obsequiarle el aliento de su sangre al más ínfimo nervio, a la más esquiva coyuntura, al tejido más inaccesible; al recorrerla la acariciaba con inconsútiles, piadosos y enamorados dedos. Velada sonrisa saludó la pálida decisión del poeta: sangrar a morir si con ello Olympia recuperaba la vida. Cuando Olympia le estrechó la mano con desmayado afecto, el poeta recuperó el galope de su corazón, con torpeza seráfica y la convicción de que había extenuado hasta el último glóbulo rojo, dio en cortar una flor y entrelazarla en el pelo de la enferma.

Preguntaba por Olympia y no la podía ver. Enfermeras, doctores y otras blancas murallas lo cegaban. Rondaba el Hospital. Descubrió un café y un banco que apuntaba al cuarto de Olympia. Ahí quedó dispuesto a no moverse hasta verla, hasta poder besar la huella de sus pasos, el halo de su presencia, la sombra de su respiración; y ahí quedó, frente al frío, debajo del sol, expuesto a la lluvia.

Al fin Olympia, majestuosa, salió para guardarse en la limousina del banquero. Pasó junto al poeta y no lo vio; pero él la vio alejarse desde la fatigada abyección de su extravío como una perla a la deriva, y lloró, y sus lágrimas negras se enlazaron con el lodo que le había salpicado la humillante carroza.